aquellas viejas armas, las que "podían prestarse a ser interpretadas como signo de agresividad —aunque ellas hayan sido de oro— en mayor grado que lo fué el monte arrojando fuego del escudo colonial", según decían textualmente, agregando que la presencia de esas armas "no puede ser considerada como simple decisión de defender los postulados nacionales, del mismo modo que la ausencia de tales símbolos puede tomarse como signo de entreguismo, amén de no poderse compaginar un pájaro de natural inofensivo, como es el quetzal, con los fusiles y sables de que parece estar armado". También suprimieron la leyenda del 15 de Septiembre de 1821, poniendo en su lugar los cerros clásicos de los escudos centroamericanos, y quedándose así sin leyenda ni fecha, "que de ponerse alguna sería la del 22 de Diciembre de 1999".

Ella escuchaba en silencio, la vista clavada en un ladrillo del piso, arrugada la frente y pestañeando nerviosamente. A veces aparecía en sus labios una sonrisa fugaz y siempre irónica, o soltaba una exclamación de disgusto. Yo continuaba la lectura con interés que iba en aumento.

A continuación se estipulaba que el idioma oficial será el español, y, al referirse a la moneda, decía que ésta dejará de llamarse quetzal, "que el pájaro de ese nombre, como la virtud que simboliza, jamás se ofrecieron para servir de mercenarios. Con la Libertad, de comprarse algo serían las demás virtudes, mientras que con el dinero no se compran más que los vicios. Una moneda —agregaba— no puede ser nunca llamada Libertad, que eso es lo que simboliza nuestro sagrado pájaro, siendo que las monedas esclavizan". La innovada se llamará Colón, no tanto en honor al navegante cuanto para facilitar la unidad de monedas centroamericanas. Y aunque su paridad será fijada por el Banco de Guatemala de acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, se previene que ésta será equivalente a medio dólar americano. La explicación que daban para tal devaluación era que ello obedecía "al deseo de deshechar todo artificio, que a más de insinceros resultan dispendiosos", añadiendo que con tal medida se anticipaban a los acontecimientos, "toda vez que al pagarse al trabajador justos salarios como se pagarán en adelante, deberá

esperarse un desequilibrio fundamental, esto sin hablar de que los países con monedas reducidas fueron siempre los que vendieron volúmenes mayores en el mercado internacional". Por último agregaba que las transacciones a trueque con los demás países serán fomentadas cuanto sea posible, "ya que en esta forma de negocio hay menos impersonalidad que en el basado en moneda de oro".

A esto exclamó ella:

—¡Pobres diablos!, se figurarán que tienen el monopolio del buen sentido...

Seguía después el mandato constitucional de libertad de conciencia o de cultos, siendo obligatoria la enseñanza religiosa en las escuelas elementales y superiores nacionales y particulares. Pero a este respecto había algo más, y era que nadie queda en libertad de ser ateo, "pues —decían— si la libertad de cultos significa que todas las religiones son buenas, debe entenderse que el ateísmo, que es su opuesto, es cosa mala". Por eso, entre los requisitos que se exigirán al ciudadano para ocupar empleos públicos figura el de ser religioso, o haber dado muestras "con hechos irrecusables" de que cree en la existencia de Dios.

La señora, hasta aquí, había guardado silencio, pero al leerle que el período presidencial queda reducido a cinco años, exclamó:

—¡Qué optimistas! A ver si al menos duran cinco meses...

Igualmente se reducían las carteras ministeriales a cinco, y señalaba participación adecuada a las minorías, o sea a los ladinos, creándose para ello un ministerio especial con la función de asegurar la igualdad de derechos a todos los ciudadanos, y las libertades indicadas de idioma, religión, educación y cultura.

Su comentario fué:

—¡Vaya! ¿Pretenderán ahora ser nuestros maestros?...

Quedaba sancionada la ausencia del Senado por las mismas razones económicas que siempre se tuvieron presente, pero fijándose en 50 años la edad mínima que deben tener los diputados al Congreso, para evitar que "la vanidad de las mocedades lleven al país a la dictadura".

Por último, establecíanse los jurados penales en toda la República, con vistas a fomentar la oratoria en el pueblo, estudiantado y profesionales...

—Será bien gracioso ver indios oradores —interrumpió ella.

...y a los magistrados de las cortes, que nunca serán más de cinco para cada una, los nombrará el Congreso globalmente, es decir, sin distinción jerárquica preterminada, debiendo ocupar cada uno de ellos y por turno la presidencia de su respectiva corte, presidencia cuyo período será de un año. Finalmente, y para auspiciar la unión de las Américas, se suprimen las embajadas ante los gobiernos de este continente, quedando en su lugar simples encargados de negocios, culturales, etc., cuyo principal objeto ya no será representar protocolariamente al gobierno, sino fomentar, lograr y mantener el acercamiento entre los pueblos.

—¡Cuánta locura! —suspiró la señora—. Han removido cielo y tierra y se tragaron al fin el Universo. ¿No dijo el poeta: "Los necios se abalanzan sobre lo que los ángeles temen hollar"?

Fools rush in where angels fear to tread, es la sentencia, pero en esto no estuve de acuerdo con ella, ya que ellos tienen todo el derecho de hacer de Guatemala un sayo por ser ellos igualmente chapines. Y conste que no era exacto decir que hubiesen hecho sayo semejante, pues muchas de tales reformas me parecían loables. Pero no le dije nada porque no podía decir nada: dentro de mí hervían pensamientos contradictorios que me llevaban otra vez a la duda. ¿Son malos los indios? ¿Son buenos? ¿Son de dos caras como las monedas? ¿Son, pues, hipócritas? ¿Son malos, pues? ¿Qué debo creer? ¿Dónde encontrar la verdad?...

Como la lectura del diario había concluido, le pedí que me narrase esa historia del "despenador" que había quedado de contarme. Y ella empezó:

—Un día le dije, ¿se acuerda? que al enfermarse un indio llamaban al brujo de esa o de cualquier otra tribu para que lo curara, lo cual éste hacía en ciertos casos, pero otras veces, juzgando por la gravedad del enfermo

o por su incompetencia para aliviarlo, se le daba por deshauciarlo ahí no más, declarando que el espíritu de su hermano muerto, o de su padre o de su abuelo —porque uno siempre tiene algún pariente difunto— lo estaba llamando desde el más allá para que fuera a reunirse con ellos, en cuyo caso aconsejaba a los deudos que llamasen al "despenador", que es el que se encarga de evitar que falle su pronóstico, dejaban en seguida de alimentar al "moribundo" y hasta se aprestaban al entierro alistando la marimba, los tamales y el café, y haciendo circular la noticia de que a la noche habría velorio, con lo cual se daba por invitado todo el mundo, sin importarles que ese "moribundo" todavía hablase con voz recia y pidiese de comer. Simultáneamente, llamaban al "despenador", el indio cuya misión es la de sacar de penas a los que van a morir...

—¿Sacar de penas?

—Sí, y para lo cual no se hace de rogar: ¡eso es su profesión!... Y apenas llegaba fijaba la hora en que el enfermo habría de morirse, vaticinio que se cumplía exactamente porque el "adivino", al sonar la hora, se le subía a la cama y hacía sobre aquel unos tantos pases mágicos que no tenían otro objeto que el de apartar la atención de los sencillos familiares, hundiendo de pronto la rodilla en el ombligo del enfermo mientras le mete un pulgar encima del esternón y debajo de la manzana de Adán. Y el enfermo se moría a la hora exacta, matemáticamente.

—¡Un perfecto homicidio! —exclamé—. Y las autoridades, ¿qué hacían? —Y esta pregunta me recordó al presidente indio al que también le había preguntado: "¿Y las leyes...?"

Ella respondió:

—Lo hacían (y lo hacen todavía) a espaldas de la ley, aunque sus representantes poco se afanaban por evitarlo. Después de todo, ¿quién se mete con los indios?

Y mis pensamientos, a fuer de romper brecha, casi amenazaban con levantar la tapa de la olla en que hervían. ¿Estaba Xirúm en lo cierto? ¿Fué verdad todo lo que dijo? (Y un estremecimiento recorrió mi espalda). Pues habrán sufrido mucho, y por eso ellos ahora... Pero no

puede ser. ¿Qué disculpa tienen esas destrucciones en masa, sus robos a plena luz, los suicidios a los que empujan a los ladinos y la desesperación que a todos nos han hecho sufrir? ¿Cómo darles la razón por tantos crímenes, sólo por el hecho de que ellos habían sufrido primero? Pero en este caso será forzoso admitir que es venganza la suya. Pero he aquí una Constitución que les garantiza sus derechos a los caídos. ¿Cómo compaginar aquéllo con ésto? ¿Serán leyes de tendencia igualmente egoísta que las ladinas? ¿Dónde hallar...? Pero ella interrumpió mis cavilaciones:

—¡Señor ingeniero!, ¿qué está pensando? —me preguntó—. ¿Le impresionó la historia del "despenador"? Escuche esa música. ¿No la encuentra dulce?

Se refería a la del radio, música producida por un bello conjunto de violines y acordeones que tocaban un aire popular de la vieja Hungría, modulante y apacible. Ciertamente que era inspirada y muy dulce. El escucharla daba el efecto de una ducha tibia para el cuerpo cansado, un sosegante para las inquietudes, el efecto de una tarde de verano en pleno invierno. Y, olvidando mis hervores, me vino el deseo de copiarlo y aprenderlo de memoria. Y, levantándome, le rogué me excusara un momento mientras iba a mi cuarto por mis papeles de música. Pero al llegar y buscar en mis maletas sufrí la decepción de no encontrar ni una hoja de aquellos papeles tan queridos y en los que tenía alguna música ya escrita. Ellos también se habían quedado perdidos en la trágica aventura del Gran Hotel. ¡Cuánto lo lamenté, aunque consolándome de haber podido sacar la mayor parte de mis haberes.

A salir iba cuando noté que el rincón que antes ocupaba mi ropa sucia estaba ahora vacío, es decir, que la ropa había desaparecido. Sorprendido me detuve y me pregunté adónde podría haber ido. Estaba seguro que allí las había dejado. ¿Qué había pasado? Y la vergüenza que me daba írselo a preguntar a la señora. ¿Qué iba a pensar de mí? No. Yo mismo debía de desentrañar tal misterio, "el misterio de mi ropa sucia". Tenía el presentimiento de que la solución debía de ser sencilla, de aquellas en que uno exclama: "¿Cómo no lo pensé antes?", ya

que sólo los dos vivimos en la casa, y las puertas han permanecido tan bien cerradas que difícilmente algún indio pudo haber entrado... Y recordé otra vez a Xirúm cuando me dijo: "Eramos incriminados de todo lo malo que ocurría en el país"; y éste es otro misterio cuyo secreto me temo no averiguar nunca sin el concurso de un sociólogo imparcial, al que igualmente me parecía difícil hallar. Pero aquella pérdida era para mí tanto más penosa cuanto que constituía ella el total de mi ropa lavable. Y me decía: Si esto hubiera pasado en una de aquellas pensionelas nada extraño sería; pero ¿de qué modo podía ocurrir aquí? Dándome por vencido, volví al lado del radio donde la señora, sonriendo, se adelantó a darme la anhelada respuesta:

—Me olvidé decirle que no me tomé la libertad de sacar su ropa usada que tenía tirada en su cuarto, pero pensé que usted la querría limpia, y la puse en la lavadora automática. No se moleste en agradecérmelo —agregó—, que mientras esté aquí le serviré en lo que pueda.

Y tal nueva me abochornó más que si esa ropa se hubiera perdido de verdad, porque ahora sin duda se habría dado cuenta que el cuello de las camisas estaba más negro que la noche. De todos modos se lo agradecí de corazón, aunque ella no me dejó concluir la frase.

—Nada de eso —dijo con su característica gentileza—; y no olvide que el trabajo fué exclusivo de la maquina. —Y agregó como para dar otro sesgo a la conversación—: ¿Pero no era usted el que iba a copiar la melodía húngara? Ya hasta se agotó aquel programa.

Le expliqué el contratiempo que tuve: la pérdida de mis papeles al salir del hotel. Volvió ella a referirse a los indios, de los que dijo que no habían dejado de hacer un sólo daño, preguntándome después cuál es el instrumento que yo toco. Le respondí que un poco de piano, solamente, pero me olvidé preguntarle si ella también tocaba alguno. Después fué a ocuparse en las cosas de la cocina, y yo me vine a escribir.

Hora: 22.00.

A la hora de la cena descubrí otra habilidad suya. Antes habíamos estado comentando los hechos de actualidad y sus necesarias proyecciones al futuro, comentarios que resultaban ser siempre superficiales para mí, como deslizándose por las ramas, ya que ella es poco inclinada a desembarazarse de sus prejuicios y hacer un estudio analítico del principio y raíz de los presentes males, pero de modo imparcial, por lo cual me abstenía de insitsir en tal materia, pues evidentemente ya aprendí que en este mundo no se puede ir al encuentro de nadie llevando el corazón en la mano, sin perder. Digo, pues, que mientras cenábamos, ella finalmente acertó a decir:

—Nunca como ahora hemos vivido en tan gran incertidumbre, que ya es semejante a la de los polluelos en el corral en tanto el gavilán vuela sobre ellos, o como si estuviésemos en presencia de un juego de piezas invisibles. Si al menos pudiéramos verlas, como en el ajedrez...

Entonces le pregunté:

—¿Juega usted ajedrez? —Y me alegró al responderme:

—Un poco. Y a usted, ¿le gusta?

Y así fué como después jugamos dos partidas, las que me ganó con brillantez debido supongo, a que sus preocupaciones no son tan conflictivas como las mías, dado que ella está segura de poseer su propia clave para explicarse la razón de los trastornos actuales; yo, en cambio, carezco de claves. Esto no quiere decir que ella no juegue bien, pero contaba además con esta ventaja.

Día de la Paz.

Hora: 7.15.

Y llegamos al último día del mes, del año y del siglo XIX. De ese siglo que fué pletórico de inquietudes, de guerras, calamidades y sobresaltos. De ese siglo en el cual, pese a los afanes de todos, nadie salió ganando, porque el que no perdió la vida perdió la hacienda, y el que no, la honra, o bien todo eso junto. Y al final hemos llegado con las mismas esperanzas que al principio: esperanzas en la paz y en una sola familia humana, en una sola patria, en un solo hogar para todos los hombres de la tierra. Esperanzas incumplidas y fallidas por cuanto la tierra sigue fragmentada en tantos pedazos como hombres hay, porque hasta el pobre que no tiene nada quiere considerar como suya y sólo suya la tierra que toca con sus pies o con su siempre sedienta imaginación, en tanto persiste la discordia, y es la paz un sueño más pese a las largas vigilias de la llamada Naciones Unidas, y pese a los olivos y laureles de su bandera. Y henos aquí, como siempre, haciendo esfuerzos inauditos para no rendirnos a la evidencia y poder trasplantar aquellas esperanzas y aquellos sueños al nuevo, al siglo entrante, al año que pronto va a comenzar, y seguir siempre viviendo de ilusiones, creyendo más y más en la buena suerte para no desesperarnos, deseosos de confiar que serán nuestras las rosas del cercado ajeno. Y no obstante las decepciones y desengaños que dieron las improvisaciones, las bofetadas y hasta las cuchilladas que nos dió la vida (esto es, que nos dimos nosotros mismos), continuamos esperando que será nuestro lo mejor de ese jardín. Mas, en vez de rosas, seguimos recibiendo aguijones. ¿Cuándo acabarán de pasar tantas espinas?... Y el año nuevo y el siglo nuevo se anuncian con los mismos y viejos gestos de desesperación, con los mismos ayes de dolor, con las mismas congojas y agonías del año y del si-

glo que se acaba, y las mismas decepciones, para concluir también llamándose de luces. —Y los hombres habrán de inventarse otra organización mundial a la que deberán dar otra bandera, otra sede y otro nombre, para que en nada se parezca a las anteriores, y logre engañar mejor. Ya no se llamará Naciones Unidas, sino algo así como decir: Una Sola Nación, y siga la farsa—. Y si yo siento así, que apenas tengo la dentera, ¿cómo sentirán los ladinos, que son los que se están comiendo la fruta aceda?

Sin embargo, y en honor a la verdad, no es tanta mi dentera en este rincón que yo ocupo, pues gozo de relativa tranquilidad y paz gracias a esta generosa señora que, pese a su propia inseguridad, ánimo le queda aún para cumplir como una perfecta anfitriona y de rebosar amabilidad como para hacer por ella amar a Guatemala y olvidar la incertidumbre del momento. Mas con todo y saberme en una isla encantada, hay algo que comprime mis carnes y aprieta mis huesos, fuera de toda metáfora, y son éstos mis zapatos, que debiendo usarlos permanentemente desde que perdí mis pantuflas en el Gran Hotel, se me han hecho ya inaguantables. Y fuera de tienda en tienda en busca de otras si no me faltara valor para hundirme otra vez y tan pronto en la trapisonda de esa turbamulta de la que tanto me costó salir. Sería revivir mis penas y reavivar mis heridas que tan a prisa van ya cicatrizando. ¡Si pudiera descalzarme...!

Pero oigo ruido de platos en la cocina, o tal vez sea en el comedor, lo que, en todo caso, supondría que los escándalos de la calle han disminuido. ¿Podría suceder tal cosa? ¿No será más bien que mis oídos han acabado por acostumbrarse a ellos? Pero, allí están otra vez esos ruidos de platos. Debe ser ya la hora del desayuno.

Hora: 14.00.

Estoy confundido ante el abundante y exquisito menú que se sirve en esta casa y en estos tiempos. ¿De dónde sacará la señora tanta comida? Huevos, tocino, café con crema, pan cake y miel fué el desayuno. Del almuerzo ni

qué decir. Y me apresuro a agregar que no sólo a esto se limita su cortesía: su bondad abarca todas las cosas. Cuando subí a mi cuarto a hacer mi siesta hallé sobre la cama toda mi ropa blanca ya planchada. Y al querérselo agradecer, no sé si se debió a mi expresión de profundo agradecimiento y admiración que por ella sentía, o al significado directo de mis palabras, o a ambas cosas, el que sus mejillas hubiesen adquirido un suave carmín de rubor; y modestamente volvió a negar méritos a su obra, diciendo que eso fué también cosa de la máquina. ¡Qué penoso todo esto, pero a la vez qué alegría poder mudarme!

Ahora debo referirme al periódico de esta mañana. Porque estos hombrecitos trabajaron también hoy, siendo día de descanso y dedicado a la organización de las naciones unidas ahora que al fin se unieron de verdad. No parece sino que quieren recobrarse del tiempo perdido, de aquel en que se ha dicho que no trabajaban; y ya no me sorprendería si lo lograsen, que voy creyéndolos de veras magos.

Y pasado el desayuno, ocupamos nuestros respectivos asientos, ella para escuchar y yo para leerle, como ya va siendo costumbre entre nosotros. Debo confesar, ante todo, que en esta lectura de hoy ya no fué tanto la curiosidad lo que me incitaba, sino el interés, y un interés creciente, sintiendo hasta —¿por qué no decirlo?— hasta aprecio por dicho periódico, pues, siquiera en teoría, éstos van resultando tolerables. Ella, por su parte, con el cuerpo echado hacia adelante, ladeada la cabeza y fijos los ojos en un ladrillo del piso, mostraba si no aprecio, por lo menos el mismo interés que yo.

Huelga decir que nos fuimos de paso a buscar la crónica de las sesiones de la Asamblea constituida ya en el Soberano Congreso de la Primera República de Guatemala, sesiones que se prolongan hasta por diez horas diarias en el estudio y arreglo de nuevas leyes, algunas de las cuales son como apéndices o complementos de otras emitidas en sesiones anteriores. Desde luego que no todas despertaron el mismo interés en mí, siendo la que más me interesó la referente al fomento del desarrollo agrícola, estableciendo el sistema de cooperación entre el banco Agrí-

cola y el prestatario, por el cual el primero, al hacer el préstamo solicitado entra automáticamente en sociedad con el segundo en el manejo de la finca en garantía, repartiéndose entrambos las ganancias hasta la debida cancelación de la deuda; aunque esta repartición no es por mitad, como podría entenderse, pues según leí en otra parte, dichas garancias son también compartidas por los laborantes que hubiesen nacido en dichas fincas y llegado a la mayoría de edad en ininterrumpido laboreo de la misma; laborantes que, igual que los presos y los hospitalizados, gozarán de los tres ranchos o comidas biológicamente balanceados.

En otra parte vimos que se establece el salario mínimo, "el salario que sólo pudo ser fijado ahora que tienen voz y voto los directamente interesados en él, o sean los verdaderos trabajadores y laborantes del país", según rezaba un comentario. Y agregaba: "Pues ¿cómo llenar y asegurar suficientemente las necesidades de bienestar físico, intelectual y moral, que significa el salario mínimo, si no le damos al trabajador conciencia y libertad para expresarse sin trabas?" La señora guardaba silencio. Otra nueva ley se refería a la servidumbre o sirvientes a domicilio, uno de cuyos considerandos filosofaba de esta suerte: "que es de esperar, y conste que no por culpa nuestra, que muchos ladinas vengan a ocupar ahora aquellos puestos que muchos de nosotros hemos dejado vacantes", y "dando bien por mal, se impondrá a los patronos las siguientes obligaciones". Comprendida en éstas estaba la prohibición de "azotar o flagelar en público o en privado al sirviente o la sirvienta por parte del patrono o de la patrona", bajo la pena de 500 colones de multa por cada infracción, además de la debida indemnización al golpeado. Por otra parte, se obliga a dichos patronos a tomar un seguro especial a favor de tales empleados cuando éstos hayan alcanzado un período de cuatro años como mínimo en su servicio.

A esto repuso ella chanceándose:

—Eso estaría muy bien si se refiriese sólo a los patronos cuyos sirvientes fuesen ladinos...

Por mi parte pensé que esas leyes, ya se deban a la iniciativa de los propios diputados o a la del Consejo de Caciques que con los ojos puestos en las estrellas pasan rusticando en la aldea, según me dijo aquel líder excomulgado, tienen mucho de humanas, aunque sin duda lo serían más si ellas fuesen de las reparadoras, o sea de las que manden a devolver las propiedades robadas a sus legítimos propietarios, o bien su verdadero valor cuando esto no sea posible.

La señora siguió diciendo, esta vez formalmente:

—Pero con simples palabras, por muy hermosas que sean, no se reedifican escombros.

Le dí la razón, y seguimos leyendo. Se establece un impuesto especial sobre la exportación del café que servirá para la manutención de un centenar de colonias destinadas a sobrealimentar al pueblo y revitalizar la raza, con centros propios de educación ética y funcional de artesanía, servicios místicos y todo lo indispensable par el desarrollo y progreso de aquellas familias indígenas que aún persisten en la ignorancia y en la pereza, hasta lograrse la total rehabilitación de ellas. No me interesó menos la ley que abroga la pena de muerte, medida ésta que hacen descansar no en el consabido proverbio de que un criminal es un enfermo como cualquiera de los que yacen en un hospital, pero ni siquiera en el quinto mandamiento, sino en la siguiente razón: Siendo el hombre causa y efecto de una sociedad dada, no cabe la disociación de tales términos ni para bien ni para mal; luego, la morbosa tendencia de un transgresor no es exclusivamente suya, sino que ha de ser de la sociedad entera, así que la culpabilidad es más bien de todos. Es por eso —agregaba— que tal pena, en los lugares donde se aplicó, lejos de enseñar a nadie a ser respetuoso de la ley, daba efectos contrarios, ya que esa sociedad estaba faltando a su fin de construir, no destruir; educar, no desmoralizar; asociarse a las fuerzas positivas del bien y no a las negativas del mal. Y para concluir decía: "Si un hombre de posición privilegiada no es capaz de educar a otro o de rehacer a un delincuente, debe ceder su lugar a otro que sea capaz."

Ella comentó, sarcástica:

—Tal vez quieran guiarse exclusivamente por el principio de la ley fuga...

Según otra disposición, queda prohibida la instalación de cementerios en las fincas, debiendo ser clausurados los que ya estén establecidos, pues "a más de que tales lugares reducen la extensión de las tierras laborables, resulta inhumano que haya tales cosas en las fincas, algunas teniendo apenas medio centenar de trabajadores y en la vecindad de un pueblo, porque esto acusa falta absoluta y descarada de asistencia médica y de cuidados higiénicos y dietéticos para sus laborantes", exigiéndose a los patronos, por cada trabajador que muera en ellas, a pagar fuertes indemnizaciones (desde mil hasta diez mil colones, según edad y sexo) a los deudos del fallecido o, a falta de éstos, al Estado, cuando pueda comprobarse que su muerte se debió a negligencia por parte de aquéllos.

—Eso está duro —objetó ella—. ¡Cómo se defienden ellos mismos!

Yo le pregunté:

—Y en su familia ¿hay finqueros?

—No. Nuestras propiedades han sido siempre urbanas.

¿Se habrá debido a eso el que los indios la hayan dejado tranquila en su casa? Cualquiera lo sabe... Por último, por medio de un decreto se cambió el nombre de la plaza conocida como Plaza de Armas, por el de Plaza de la Primera República, como se llamará en adelante. (Aquí sorprendí en la señora un gesto de disgusto, pero no dijo nada). Concluida dicha crónica, pasamos a leer el Editorial, el cual seguía instando al pueblo a volver al trabajo, mientras repetía que la mente del actual gobierno es la de llevar paz y justicia hasta al último rincón del país y hasta al último ciudadano. En su columna del margen el columnista abogaba por algo nuevo: opinaba que debían establecerse en el país los crematorios para la incineración de cadáveres y evitar de una vez que se sigan desperdiciando tierras en otras cosas que no sea el laboreo. Ella exclamó:

—¡Cómo! ¿Quieren renunciar a su anquilosada costumbre de enterrar a sus muertos? Pero ¿acaso miente el

proverbio que dice que a un perro viejo no se le puede enseñar nuevos trucos? ("You can't teach an old dog new tricks", es como reza el proverbio; pero ella seguía diciendo medio en broma y medio en serio): ¿No le decía yo que éstos vienen con pretensiones de maestros? Y ¡lo más divertido es que alegan como pretexto el desperdicio de tierras! ¿No será más bien el de los machetes que suelen enterrar con ellos?

Como yo callara, limitándome a sonreír, porque dudaba que estuviese en lo cierto, mirándome ella a los ojos me hizo hablar, preguntándome:

—¿No le parece?

—Sí, señora. Yo pienso lo mismo —condescendí y al proseguir la lectura tuvimos la sorpresa de encontrar en hacerlo así noté que no había hecho ningún esfuerzo. Al las páginas finales el "Mensaje de Año Nuevo del Presidente a su Pueblo". Relegado a una esquina, con la humildad de las violetas, apenas si se destacaba entre otros anuncios y avisos de menor cuantía. Y al disponerme a leerlo, me apresté a aspirar todo el perfume que sospechaba guardaba esa flor. Aquél decía:

"Ciudadanos de la Primera República de Guatemala, mi querido pueblo guatemalteco: Por primera vez en nuestra historia postcolombina, tendrán ustedes un Feliz Año Nuevo. Yo se los deseo de todo corazón, que mis esfuerzos, como bien lo saben, serán siempre encaminados al logro de la felicidad de ustedes, porque la felicidad de ustedes es la mía, y la felicidad de todos es la de la patria, opresor, sino vuestro libertador; ya no es vuestro acreedor, sino vuestro deudor; ya no es vuestro amo sino vuestro servidor. Todos los despachos y oficinas públicas están a vuestro servicio; ya no es necesario vestirse de corbata y chaleco para entrar a éstas. A horas de audiencia, por la puerta que halléis abierta pasad sin pena. Y ninguna hallaréis cerrada. Ahora, pues, empezáis a ser dueños de vuestra cosecha, y a gozar de la paz de las tierras labrantías. Este fué el milagro que amasasteis con vuestro coraje y vuestras lágrimas. Por todo ello, demos todos las gracias a Dios, y suba hasta El nuestra formal promesa de

no volver a olvidar jamás que fuimos hechos a imagen y semejanza suya. Sufrido pueblo guatemalteco: ¡que Dios os bendiga como os bendigo yo!

"Frente a este Palacio encontraréis el arma más grande que se ha construido hasta ahora, porque ahora nuestra Guatemala es más grande de lo que nunca fué. Mas no os fijéis en las dimensiones de ese arco, sino en su significado: es el Arco del Siglo XX, pero erigido también en honor a vuestra carísima renovación. Congregaos, conciudadanos míos, bajo ese Arco a media noche de hoy, y desde el balcón principal del Palacio os llegarán las supremas bendiciones de los más altos dignatarios de las Iglesias cristianas. Amado pueblo de Dios: ¡Feliz Año Nuevo!"

Y no me había equivocado: el Mensaje aromaba como una perfecta violeta. Despacio, lo leí otra vez, para compenetrarme de su suave aroma. Ella no se opuso a que lo leyera por segunda vez, antes bien lo escuchó con igual interés, como si ésta fuese la primera. Yo acentuaba algunos pasajes, como ese que decía: "Todos los despachos y oficinas públicas están a vuestro servicio. Y ninguna hallaréis cerrada". Comprendí que ya no habrán más "castigados permanentes" en las antesalas de los ministerios, ni en las dependencias del Ejército, ni en las de la Guardia Civil...

Pero ella comentaba entonces:

—¡Ya ve cómo son de hipócritas, que perfuman hasta el puñal con que hieren!...

Sí, así me parecía a mí también, pero...

Ella siguió diciendo:

—Pero ese arco debe ser digno de verse. Me gustaría verlo.

—Reclamo, señora, el honor de acompañarla.

—Le agradezco, señor Johnson, y le otorgo ese "honor" —dijo riendo—, porque sola no me atrevería a ir jamás.

Y tarde, demasiado tarde, me acordé del dolor de mis pies...

Finalmente, vine a leer los avisos, destacándose ahora entre ellos los de "Perdido y Encontrado", es decir,

los relativos a niños y hasta personas grandes perdidos o extraviados en las calles y plazas, así como de numerosas prendas, yendo éstas desde zapatos hasta sombreros y aretes, y cuyos paraderos deseaban los interesados averiguar con la colaboración del público. Pero había, además, otra clase de avisos llamados Edictos que me intrigaron sobremanera, tanto más cuanto que me he quedado sin entenderlos bien. Todos eran por este estilo:

"A este Tribunal se presentó Raymundo Orozco Baquiax iniciando diligencias de identificación personal con el objeto de que se declare que la persona de este nombre, con el que ha sido conocido de hecho y públicamente, es la misma que aparece inscrita en el Registro Civil de (X lugar) con el de Juan Baquiax Tucux. Por lo que se cita a las personas que tengan objeción que hacer, para que en la forma que previene la ley se presenten adonde crean conveniente a reclamar sus derechos. Secretaría del Juzgado tal", etc.

Lo que no pude comprender es su razón de ser. ¿Cuál será su significado? Porque esta clase de avisos no había visto en ninguna otra parte del mundo. Pero me abstuve esta vez de hacer ninguna pregunta. Y cerré el diario, no habiendo dejado ni una sola palabra sin leer. Por lo demás, he creído entender que el periodismo de hoy ha evolucionado. Ya no es el periodismo de ideas de antes, sino de noticias, las que son dadas, escuetamente y sin comentarios, ni críticas, ni chismes —excepto la columna ad hoc—, como si ya nadie quisiera seguir pensando por cabeza ajena, o como si los de la redacción tuviesen cosas más importantes en qué ocuparse. Y esto sí que es un adelanto, a fe mía, porque no hay cosa peor para un pueblo que esa prensa que se esfuerza por inducir a éste a pensar como piensan sus directores, cuando esos directores son hombres como los demás, es decir, con las pasiones y vicios, prejuicios y odios que el común de la gente, y muchas veces peor. Si no pueden aquéllos ser de la excepción; si no pueden sentir hondo y pensar alto, debieran dejar libre al pueblo para que él piense como quiera e interprete como pueda, que de esta manera cada uno —incluso los di-

rectores mismos— cargarán sólo con sus propias culpas. La sección literaria, en cambio, se caracteriza porque todos sus artículos concurren a sembrar cultura en el pueblo; una cultura, desde luego, apropiada al grado de evolución de ese pueblo, de modo que en vez de popularizar óperas y demás clasicismos, su página resulta como un tratado de Urbanidad: un haz de normas que conducen a la adquisición de buenas costumbres. Y hasta me hizo pensar y decir que otra cosa fuera el mundo si esos dueños de la opinión pública, de las modas y de los modales, como son la prensa, el radio y el cine, en vez de las frivolidades y hasta de los vicios que enseñaron siempre, se hubieran dedicado a cultivar y mantener por todos los medios, incluso por concursos y certámenes, los valores propiamente humanos o espirituales...

La señora, que también se había quedado pensativa, observó de pronto:

—Parece que los ruidos de afuera van retirándose. ¿Será posible que a pesar de que "ellos" están aquí venga a normalizarse todo? —Y en su pregunta había más que temor de que esto sucediese, porque significaría quizá la estabilidad indefinida del actual régimen. Por mi parte, si es cierto que ya no siento ese temor, tampoco lo deseo, y le respondí:

—Quizá hayan escuchado los exhortos del periódico, aunque más creo que esta pausa obedezca al sueño causado por la borrachera, o que, después de tanto arder, se hayan al fin reducido a cenizas.

—Pues ojalá llueva y quedemos todos en paz...

Se levantó y fué a bajar el volumen del radio, y luego se asomó a la ventana, desde donde me invitó:

—¿Quiere usted asomarse? Parece que de verdad quedaremos en paz.

Me asomé como me lo pedía, y me convencí que la calle se había efectivamente despejado, pudiéndose ver ahora claramente los lugares en los que dormían algunos trasnochados tirados sobre las aceras, mientras la más próxima de las marimbas con su incansable grupo de bailarines estaba más allá de la esquina. Y hasta el cielo aparecía casi limpio de las manchas cambiantes de la pólvora.

Con un suspiro de alivo volvimos a sentarnos. Ella suspiró otra vez para exclamar con profunda nostalgia:

—Ya mañana es Año Nuevo. ¡Quién lo creyera!

—Para ser más exacto —corregí bromeando—: desde a media noche de hoy.

—Nunca creí pasarlo entre tanto duelo.

Yo suspiré igualmente:

—En eso estoy también de acuerdo. "El hombre propone y...

—...y los indios disponen —se adelantó a decir, sonriendo melancólicamente— que si esto ocurre en la víspera del bisiesto, ¡cómo será en el mero bisiesto!...

—¿Es usted supersticiosa?

—Nunca lo fuí antes, pero ahora no me siento bien; me siento extraña, como vuelta a la edad de la superstición y del fatalismo; como si el calendario hubiese girado vertiginosamente hacia atrás, y siguiera girando sin poder contenerse. Creo comprender ahora por qué algunos hombres se entregan a la bebida al tropezarse con alguna dificultad insuperable para sus medios: es el miedo de admitir la derrota, la pena de confesarse vencidos, el dolor de aceptar conscientemente el fracaso, porque todo esto es sinónimo de caída, y de muerte. Y ¿cómo, habiendo oído decir que él es el Rey de la Creación, cómo admitir que haya para él dificultades de este orden?

Mirando el diario, añadió:

—Si decimos que esas leyes son buenas, igual razón tendremos en predecir que serán letra muerta, pues estoy segura que jamás las llevarán a la práctica, salvo al modo del embudo. Ni siquiera serán útiles como artículo de exportación, como suele decirse, porque allí no hay nada nuevo: sus ideas son tomadas de los mismos blancos. —Y con un gesto despreciativo, concluyó—: Apenas si servirán para engañarse ellos mismos.

Me había trazado la conducta de no contradecirla en nada concerciente a los indios, más que todo porque yo mismo carecía del convencimento necesario para llevar a nadie a favor de ellos; pero he aquí que impensadamente quebranté esta regla, y de lo cual no me arrepiento, todo lo contrario, pues ello nos condujo a un final feliz.

Yo le contesté:

—Es muy probable; pero aún es más cierto que hoy ya es imposible ser original ni para el bien ni para el mal. Han hecho y deshecho tanto los hombres en el largo curso de la historia, que siempre es posible hallar a alguien que ya antes hizo, o dijo, lo que nosotros decimos o hacemos ahora.

Ella sonrió al objetar:

—Es verdad, aunque no una verdad absoluta: creo que en el terreno de la ciencia podemos hacer una excepción, y usted sabe lo que quiero decir.

—Sí, señora; pero la excepción tampoco cabe allí. La ciencia de los mortales tiene su límite, porque de no tenerlo, ya aquéllos no serían mortales. Me estoy refiriendo a la ciencia vulgar, a la ciencia cerebral de los llamados cientistas que, sobre todo en los últimos 50 años, sus investigaciones en los laboratorios las han extendido hasta abarcar todos sus caprichos de sabios. Y hay razón para dudar que todavía les quede algún nuevo asunto qué investigar, a no ser de aquellos cuya falsedad quiera demostrarse.

—¿Pero no decimos que la ciencia es infinita?

—Nuestra ciencia en sí misma es tan vasta que, en efecto, parece infinita. Pero eso no se comprueba con el hecho de pasarse la vida en lucubraciones laborateriles. Desde la última ley natural descubierta hace casi dos siglos, nuestros hombres de ciencia no han descubierto otra nueva, y no es precisamente porque las hayan agotado ya. Pero sin descubrir nuevas leyes, ¿cómo hacer nuevas cosas? Y a estas lagunas en el conocimiento del hombre se debe el que en la mayoría de los casos los inventos hayan brotado accidentalmente, o, como se dice, por casualidad.

—Usted quiere decir que todas las maravillas del mundo moderno no son sino las mismas cosas del mundo antiguo llevadas a mayor grado de perfección, y, bien mirado, es posible que así sea. Pero entonces cabe preguntar por qué estos sabios no han descubierto aún estas leyes que ignoran y que puede que ni sospechen. ¿Será que no son ellas para ser reveladas a los hombres?

—Usted perdone —le repliqué—, pero nada de lo creado en el Universo fué con intento de ocultárselo al

hombre, sino más bien para servicio de él mismo, quien está obligado a conocerlas y dominarlas y pueda ser de hecho, no sólo en su imaginación, el Rey de la Creación del que usted habló hace poco. Pero desgraciadamente, la mayor parte de nuestros sabios son más hombres de negocios que de ciencias en sentido místico; y si es cierto que han llegado a sospechar algunas de esas leyes, se han quedado en la penumbra, como si dijéramos saltando de rama en rama pero sin bajar al tronco, creyendo, como los pájaros, que los árboles crecen horizontalmente, porque así miran las ramas; por lo cual se limitan, en la mayoría de los casos, a perfeccionar cada vez lo conocido a fin de satisfacer no las exigencias de su espíritu, sino las del mercado, no quedándole tiempo ni interés para lo demás. Por eso le decía que en muchos casos, energía y todo consumen investigando asuntos que a la postre abandonan por falsos o imposibles, si es que no persisten en ello para ver qué les sale, y triunfar si les sale algo útil para teñir el cabello o para matar a otros hombres.

Ella me sorprendió al decirme:

—Me da la impresión de que es usted un... ¿cómo dijera yo?, un iconoclasta.

—No, a fe mía, pues nunca he pretendido romper viejos moldes ni crear nuevos. Me limito a exponer lo que he visto, y también lo que he dejado de ver. Nada más.

Después de pensarlo un momento, ella propuso:

—Pues me temo no haberle entendido bien todavía, acaso por la forma vaga o abstracta en que hemos venido hablando. Descendamos a lo concreto. Por ejemplo, yo una vez leí que había el propósito de utilizar la radioactividad para modificar la configuración de algunas células a fin de aumentar la estatura de los enanos o de mermar la de los muy altos. ¿En qué habrá quedado todo eso? ¿Habrá sido éste uno de esos asuntos que usted dice útiles sólo para demostrar su propio absurdo?

—Acertó usted. Se creyó, en efecto, poder controlar la ionización de las células disminuyéndola o aumentándola por medio de algunos cuerpos radio-activos —plomo, zinc o cloro— para modificar el organismo en general cuando las células seleccionadas fuesen de las encargadas del desarrollo lineal, y, cuando aplicadas al niño recién conce-

bido, poderse controlar además su sexo, su color, su peso, etc. Pero el fracaso que resultó fué tan grande que ya nadie piensa en ello.

—¿Fracasarían por el desconocimiento de alguna ley de aquéllas? —preguntó.

—Si le dijera que sí habría razón para que usted creyera que yo conozco ciencias. Y éstos han probado con toda elocuencia que hay barreras en el control mencionado de los humanos, cuando confiesa ignorar el secreto de la formación de los huesos, del crecimiento de los cuerpos y del ciclo de las enzimas, sin hablar del mecanismo de las infecciones, intoxicaciones y enfermedades: barreras como las hay en cuanto al tamaño o peso de los aviones para poderse elevar, o en cuanto al sonido en relación con la velocidad, etc. Tal fué el resultado del engreímiento al querer suponer infinita nustra ciencia. Empezaron a subir por la ladera, y cantaron glorias cuando apenas habían dado un paso, y cuando ignoraban para dónde iban, qué es lo que encontrarían más arriba, si continuarían subiendo o si resbalarían y acabarían estrellados en el fondo. Y fué así que aun pretendieron ir más lejos al creer que podían crear organismos vivos, aunque fuesen míseros gusanos, desconociendo el secreto de la sangre, la alternativa destrucción y construcción celular, y la genética. Y más todavía: ignoraban la composición de los ácidos nucleares, núcleoproteínas y lipoides, enzimas y hormonas así como la actividad propia de éstos y de los electrólitos...

Ella me interrumpió para decirme:

—Comprendo. Ocurrió como lo del viaje a la luna de que un día hablamos.

—Eso mismo. Eran empresas dignas de inmortales; y, moralmente, en vez de avanzar hemos venido siendo cada vez más mortales, a pesar de que hemos logrado alargar un poco más la duración de nuestra vida física, aunque sin alcanzar la cifra de mil años ni mucho menos que otro cientista había imaginado, siendo que ni las enfermedades han sido vencidas ni siquiera empíricamente, como también se creyó que sucedería para esta fecha por el descubrimiento de los antibióticos. Debieron convencerse que estas cosas permanecen todavía más allá del alcance del...

Me interrumpí yo solito al recordar que el presidente indio había hablado de cosas que sólo obedecen a leyes de "techos arriba" y no a la de los hombres. Y nuevamente ví a éste ante mí, grande como en aquella noche, dilatado hasta más allá de mi pobre alcance, y llevando sobre sus hombros el manto de los profetas. ¿O es sólo la piel de oveja? ¿Cómo saber si...?

—¿Decía usted? —me preguntó al fin, cansada de mi larga pausa.

—¿Cómo?... ¡Ah, perdone! Decía, sí, que las modificaciones del crecimiento del hombre, así como la creación de organismos vivos, no son posibles para nuestros grandes pequeños cientistas: para penetrar en el Arcano hay que quitarse los zapatos.

—¿Quiere decir que si se quitaran las zapatos sí podrían? Y ¿quién es aquel que sin ser budista ni cosa por el estilo se los quiera quitar?

Conteniendo la sonrisa que ya se me escapaba, le expliqué:

—Se los quitan los que consideran a la ciencia y, con ella, a todas las demás cosas del mundo, como un medio y no como un fin: como el medio de adquirir experiencias y convicciones y no como la meta de una felicidad absurda; los que consideran que "ciencia es poder", y no "fama y fortuna"; los que, en fin, se descubren ante aquellos sabios de la antigua Grecia —sabios y folósofos—, en vez de considerarlos como niños al lado suyo.

—Me parece que hay algo de cierto en todo eso —dijo con asomo de reflexión—. Ya había notado yo que el hombre actual, por vivir pendiente de sus temporales ambiciones, ya no le queda tiempo para pensar en el más allá, pese a que ahora tiene más probabilidades de llegar a la ancianidad. Es el subhombre que usted dió a entender, que con todo y esos adelantos de su ciencia, es cada día más falible y sus juicios más torcidos, como si ya no mirase las cosas directamente sino por medio de espejos, pero de espejos de superficie irregulares haciendo del error un sistema y de las apariencias su realidad.

—Eso es.

—Y hasta podría decirse —prosiguió— que su longevidad le ha sido dada como por castigo, a no ser que es

más bien por compasión y para aumentarle las oportunidades de volver sobre sí, introspectivamente, y descubrió él mismo para llegar a la verdad, renunciando a servirse de expresiones como: "Es de humanos errar", por ser tal vez más exacto la contrario y decir que sus muchos errores se deben a su menguante humanidad.

Yo me había quedado sorprendido al oírla, y no sabía qué admirar más: si su brillante intelectualidad, o su no menos lucida carencia de prejuicios. Pero me asbtuve de comunicarle mis impresiones por temor de que abandonase, si era tímida, la discusión. Y así, le consté fingiendo indiferencia:

—Exactamente; máxime que el descubrimiento de esa verdad es la meta científica de la vida. Pero los actuales recursos de la ciencia, deslumbrantes como son, nos hizo ver abiertas tantas posibilidades que nos llevó a un exagerado optimismo, hasta hacernos olvidar nuestra limitez de mortales para creernos capaces hasta de adquirir con ella el control del tiempo y soñarnos conjuradores de los elementos, y dioses, en una palabra, pero dioses miopes —¡qué duda cabe!— que prefieren la ciencia aplicada (el manejo de las cosas) a la ciencia pura (la comprensión de las mismas). Así los hemos visto luchando por producir la vida en los laboratorios, y producirla en línea de montaje, o de trasplantarla al capricho a otros planetas, sin saber aún qué es la vida. Nuestra ciencia apenas ha logrado demostrar, basándose en sabios como Thompson, Edison, Fleming, Crookes, Roentgen, Compton, Einstein, Millikan, y algunos otros, que la materia no es más que energía hecha visible, pero sin ir más lejos; de modo que hasta hoy se ha limitado esa ciencia a estudiar los efectos de causas que ella misma desconoce. No ha ocurrido, pues, algo parecido a lo que le ocurriría a un ciego y paralítico de nacimiento a quien de pronto se le permitiese levantarse y caminar, y, ciego aún, empezase por primera vez a tocar y a palpar los objetos, descubriendo la forma y consistencia de las piedras, de los árboles y de las paredes, y, sintiéndose con ello sabio y poderoso, pensase en crear o construir artificialmente todo eso, incluso el árbol... Verdad es que seguimos siendo tan soñadores como

nuestros antepasados, al cual hábito seguramente debían ellos en parte su felicidad (porque es soñador —o idealista— sólo el que vive en paz); pero los sueños de hoy son diferentes. Hoy han perdido su cualidad más seductora, cual es el conocimiento de saberlos irreales y casi siempre irrealizables, para darles virtudes opuestas y tratar de llevarlos a la práctica en su mundo material, sin hacer caso o más bien negando la parte espiritual, sin cuyo concurso —¡oh alucinación!— no podría realizar ninguna de las maravillas que proyecta. Dicho de otro modo, a nuestros sueños actuales los consideramos ya como simples proyectos: el paseo práctico de la imaginación por regiones desconocidas que nos hacía sonreír eufóricamente, viene a ser el prosaico trabajo de un obrero que le hace sudar. Pero es fácil predicar que ante los fracasos que hemos sufrido y seguiremos sufriendo tanto en los laboratorios como en los campos de batalla, que no son sino laboratorios en grande, al querer materializar cada uno de nuestros sueños, el hombre acabará al fin por despertar de una vez y llegar nuevamente a la conclusión de que los sueños sueños son.

—Tiene razón, ingeniero, en lo que dice —repuso ella—. Antes los hombres gozaban de más paz que ahora. En años pasados, cuando los pueblos peleaban eran llevados contra su voluntad por sus gobernantes, de modo que no había odio de pueblo a pueblo, pudiendo cualquier extranjero, en tiempo de paz, y hasta los prisioneros de guerra, ser siempre bien asilados por los nativos de cualquier lugar; ahora, por el contrario, los gobernantes pelean obligados o inducidos por sus pueblos. Y no es que opine que cualquier tiempo pasado fué mejor, que esto es verdad pero a condición de no haber uno evolucionado ni una pulgada desde la última vez, porque después que uno ha ascendido aunque sea un paso, por nada del mundo que quiera volver atrás. Pero en lo que disiento es en creer que el hombre actual, que piensa sólo con el cerebro, pueda volver al hombre de ayer, que pensaba más con el corazón como hemos supuesto.

—No soy yo quien lo quiere, sino la vida, en cuya escuela cada fracaso es una lección. Acabarán por aprender

que no valen terquedades ni obstinaciones contra una escuela que exige más corazón que cerebro, pese a la ciega oposición que hagamos.

—Y entonces al soñar sabrán que sueñan nomás.

—Y volverán a ser felices. Porque el hombre de hoy, dirigiendo febrilmente la construcción de túneles submarinos o de cohetes interplanetarios, haciéndolo cada vez mejor no tanto por amor al fin que se propone, ni siquiera por amor al oficio, cuanto por amor a sí mismo —salir más airoso que sus competidores y ganar o conservar la renta o la fama—, no se compagina con el abuelito que se mecía en su hamaca soñando despierto, contemplando castillitos y jardines flotantes en su propia imaginación, o más frecuentemente sumergido en la meditación, en la reflexión interior, en la contemplación introspectiva, en las cosas más profundas de la vida...

—Eso equivale a decir que era mejor Julio Verne, con sus irrealizables fantasías, que cualquiera de nuestros modernos ingenieros; y puede que tenga razón. ¿No dicen, pues, que es mejor la víspera que la mera fiesta? Seguramente porque nadie queda nunca satisfecho: entre más se logra más se quiere. Pero si no fuera por ese hombre que se desvela planteando y construyendo esas cosas, no contaríamos ahora con los maravillosos adelantos y comodidades de la civilización.

—Esas maravillas de que me habla no le harían falta, aunque hubiese oído hablar de ellas, si usted ocupara la plácida hamaca del abuelito del cuento...

—...y volviera al taparrabo y a ser hervívora —dijo riendo. Y en serio añadió: —Pero, aplicando la reflexión, vuelvo a decirle que una parte de lo que me dice me parece verdad. Nuestro mundo, y todo el mundo lo dice, ha venido tan a menos, que ya resulta ser una tragedia griega, pero una sin entreactos ni final. Un mundo en el cual el hombre se desvive no tanto por el pan de cada día que, al fin y al cabo, por emplear medios cada vez menos honrados éste resulta ganado cada vez más fácilmente, cuanto por acallar a su conciencia y ahogar su propio sentimiento de culpabilidad; esfuerzo éste que le hace asumir, en su intento de sobrecomponerse, un sentido falso de

superioridad que a la larga acaba él mismo por creerla real y verdadera, siendo entonces, es decir, cuando logró ser tan ficticio como un billete de banco, que habrá de considerarse más afortunado y feliz. Ahora, mientras no le salgan al paso contrariedades de importancia, aparentemente todo marcha bien, exceptuando aquél estado característico de inconformidad del cual era manifestación su irritabilidad continua, su hipersensibilidad perpetua en lo concerniente a su persona (¿cómo acallar del todo a la conciencia?) porque el mismo esfuerzo que hace lo obliga a no descuidarse ni abandonar su guardia, a no apartar ni un momento su atención de sí mismo, reaccionando con virulencia al menor roce que pueda lastimar ese amor propio morbosamente exagerado; irritabilidad a la cual debe su carácter despiadado, antirreligioso, y cruel, y su expresión triste y como envejecida, pareciendo llevar con ella misma el castigo de su desvío; o bien, ese carácter es de desbordante alegría, pero de una alegría insana y paroxística cimentada en la burla o la mofa que hace de los que él supone más respetables. Pero todo es que le llegue alguna contrariedad grande, algún fracaso económico o de otra índole, o una enfermedad de tipo deformante, para que resurja de sus cenizas y con más vigor que nunca la primera, o sea su verdadera personalidad que creía ya extinguida, en cuya presencia nuestro hombre sufre un choque como ante un espectro de ultratumba, haciéndolo terminar con una camisa de fuerza o bien con una lápida, de apelar al suicidio o caerle apoplejía.

Ya no pude menos que decirle:

—La admiro, señora. Usted ha puesto el dedo en la llaga.

—Sí, la llaga de nuestra civilización, y que rehusamos curárnosla porque sólo con ella nos sentimos civilizados. ¿Será esto miopía? Algo más, quizá, pues ya ni siquiera nos preguntamos si es verdad que se debe a la simple acción del tiempo, como dicen, o será mejor a nuestra creciente mortalidad, en el sentido en que usted usó esta palabra, es decir a nuestro decreciente humanismo, el que cada día sea más grande la fama y celebridad de hombres como Cervantes, Shakespeare, Goethe, Schiller, cuya

grandeza no era sino su esencial humanismo, hombres que en sus áureos tiempos fueron solamente un poquito más que sus contemporáneos, y ahora casi dioses, como si con ellos ocurriera lo que con las lámparas que, siendo las mismas, entre más oscuro el cuarto más alumbran; resultado que también se vé, aunque parezca extraño, con aquella clase de hombres que sin haber sido nunca espirituales, fueron no obstante menos materialistas que los actuales, hasta arrostrar la muerte por la libertad de sus pueblos. Me refiero a los próceres de América, a los que creo que podríamos clasificar como paso de transición entre los primeros que cité y los de hoy en día. Sin embargo, debemos confesar que nos sería cosa dura tener que renunciar ahora a aquellas maravillas a que ya me referí y a las cuales estamos tan acostumbrados.

—Será duro, pero no imposible, y tanto más necesario si no queremos seguir yendo contra la corriente y oponernos al retorno de la humanidad entre los hombres, la que acabará por imponerse con la naturalidad de la corriente que busca los declives.

—Y eso ¿cómo?

—De eso se encargará la misma escuela.

—La escuela de la vida, ¿no? Está bien; pero creo hallar cierta contradicción en lo que dice, porque al renunciar, entre otras cosas, a nuestros rápidos medios de comunicación y transporte, seguro es que perderíamos el contacto, necesario para nuestro objeto, con los hombres que viven en otras partes, y esa hermandad moriría antes de haber nacido.

—Si no he entendido mal, usted dice que el hombre, viniendo a vivir en esas condiciones, casi aislado de los demás, no lograría establecer la hermandad con todos ellos. Y es que usted supone, como suponen muchos, que las guerras y las discordias han sido debidas a la falta de oportunidad entre los hombres de conocerse o la carencia de intercambio y de conocimiento mutuo entre los pueblos; suposición desgraciadamente equivocada, porque nunca la simple vecindad, aun siendo amistosa, fué suficiente para darnos aquella mutua comprensión, y menos crear lazos de amor. ¿Acaso se aislaron los alemanes de

Hitler o los italianos de Mussolini o los japoneses de Tojo? Todo lo contrario, si eran países que explotaban científicamente el turismo internacional. Vemos, pues, que nunca fueron los hombres "amigos del alma" por el solo hecho de vivir en casas contiguas, como tampoco el completo aislamiento de un pueblo fué jamás motivo para desconocer a los demás mortales hasta el punto de odiarlos. ¿Era acaso el Japón antes del comorodo Perry amenaza para alguien? ¿O lo han sido en algún sentido los esquimales? No. El contacto con los demás, por haber sido siempre insincero, de mera vecindad o de superficie, unidos sólo por los lazos terrenos —y los hombres disienten y chocan por intereses terrenos—, y jamás por la comprensión mutua, no ha conducido hasta hoy sino a la esclavitud, en las guerras, y en la paz, a la explotación de unos por otros. Usted misma dijo hace un momento, que antes los pueblos peleaban obligados por sus gobernantes, y ahora es al revés: los gobernantes son obligados a pelear por sus pueblos. Y ¿por qué es así? Porque antes sólo los reyes o emperadores tenían el privilegio de estar en contacto con las otras naciones y, por consigugiente, eran los únicos que decidían entre la guerra y la paz: mientras que ahora los pueblos tienen ese privilegio en mayor grado, si cabe, que los propios gobernantes, y son ellos los que deciden. Pero del intercurso de éstos nunca nació otra cosa que la competencia, la rivalidad, los celos, por no hablar de la envidia, de la avaricia y del odio. La rapidez de nuestros medios de transporte no ha servido sino para llevar a cualquier distancia la angustia, la desesperación y el duelo cada vez en mayor escala. Así, pues, la base de un mundo mejor no puede ser el simple contacto o las relaciones en el plano del utilitarismo entre los hombres, sino que ha de ser el conocimiento o la comprensión plena o consciente de los demás, lo cual es posible hasta después que se ha adquirido el conocimiento de sí mismo. Y este "conosce te ipsum" nos llegaría más fácilmente en el aislamiento que mencioné al principio, porque no pudiendo competir con nadie por estar solo, meditará y competirá consigo mismo, superándose continuamente, lo que ha de bastar para sentirse hermano de

todos, no importa que a los demás no los conozca de visu.

—Así fuera, sin duda —objetó ella—, si no hubiese en todo eso un inconveniente tan grande que anula todo lo demás. Porque en esa soledad quedarán reducidos los obstáculos y las dificultades que los hombres suelen darse unos a otros impenitentes; y bien sabemos que a tales obctáculos se debe el desarrollo de los ingenios, pues el roce de ellos provoca como un chisperío en los cerebros. Quiere decir que en una calma como la que usted auspicia se atrofiarían muchas de las facultades cerebrales, y el hombre terminaría como un simple animal: ya no agresivo, más bien huraño, pero animal siempre y, por ende, incapaz de alentar ese sentimiento de hermandad.

—Le concedo la razón en parte de lo que dice, porque ciertamente, la reducción o eliminación de los obstáculos artificiales deberá redundar en la atrofia, por falta de aplicación, de nuestra actual agudeza cerebral, y hasta en la semiatrofia de algunos de nuestros sentidos físicos. Pero en cambio, viviríamos más en armonía con el infinito, porque nada se opondría a ello, y sí nos serviría de incentivo nuestro eterno deseo de comprender los distintos signos del Universo y de entender su maravilloso lenguaje, para librarnos de las sorpresas desagradables comunes en las florestas. Nuestro afán de descubrir, aun en la oscuridad, la acechanza de algún peligro; de conocer y de aplicar la influencia de una fase de la luna, de interpretar el significado del vuelo de un pájaro, de un relámpago, y hasta el de una simple nubecilla, todo esto contribuiría a desarrollarnos los poderes del alma como nunca lo hemos logrado antes, de modo que, a cambio de cerebro tendríamos alma: a cambio de sentidos físicos, tendríamos sentidos psíquicos, y lazos espirituales habrían sustituido a los materiales. No seríamos intelectuales, pero seríamos seres inteligentes, dueños del conocimiento de las leyes universales y del origen, propósitos y destinos del hombre.

—Pues reconozco que estaba errada, y, en verdad, su idea es tan hermosa como deseable. Sólo que sigo temiendo que, dada la mucha venidad de los humanos, no

se convenzan así nomás. Más aun: me parece que ni volviendo el mismo Jesucristo, al que de seguro volverían a crucificar, quiero decir, a fusilar.

—A tal pecador, tal penitencia. Si la terquedad es mucha, el dolor de los fracasos seguirá encargándose, como hasta hoy, de persuadirlos o de convencerlos, hasta obligarlos a entrar en razón cuando éstos sean lo suficientemente grandes, que a mayor fracaso mayor provecho. Pues, infortunadamente, el hombre ha aprendido más por la propia experiencia que por las prédicas y todo lo que pudo haber leído en los libros. Así, las maneras correctas de comer, de dormir, de trabajar, de descansar, etc., las aprendió más por el sufrimiento de la enfermedad que le produjo la violación de dichas reglas que con todos los libros de dietas, de higienes, etc., que pudieron haberse publicado. Ahora, supóngase usted que de pronto se desatara una nueva guerra entre los pueblos, una guerra que deberá ser atómica, o sea la peor de las guerras, dado que el castigo debe ir en aumento para la humanidad transgresora. Y ¿qué quedaría después? A lo mejor, tal vez un décimo no más de la población actual del mundo: unos cien o doscientos millones de personas dispersas sobre la enorme superficie terráquea; de personas asustadas, aterradas, confiando sólo en la bondad de Dios. Y el que pudo quedar con la piel sana, o siquiera para contar el cuento, se dará por feliz, y no se cansará de dar por ello gracias al cielo, acercándose cada vez más a Dios, sociedad ésta que le hará cultivar amor, señora, y sólo amor, o sea la clave para descubrir los secretos de este mundo. Y mire cómo, más pronto de lo esperado, habremos retornado al caminito perdido, el caminito que conduce al mundo paradisíaco, sin trampas ni malicias; al mundo de intenciones sinceras, de pensamientos nobles, de costumbres sencillas y de acciones puras. La descansada vida de los labriegos en la que la intolerancia, el egoísmo y la envidia se truecan en simpatía y amor a los hombres y a las cosas. El mundo apacible y sereno de los pescadores en el que no hay más cáncer, ni tuberculosis, ni poliomielitis, ni hipertensión, ni disturbios mentales, ni delincuencia infantal, ni criminales profesionales. La vida re-

cogida y meditativa de los pastores, identificados con sus mansos rebaños, con los verdes prados, y con toda criatura de Dios. El mundo en donde la ansiedad y la zozobra son sustituidas por la quietud de los remansos; los policía y soldados, por los maestros: las cárceles por las escuelas; y los médicos, en el 80 por ciento, por las madres. El hombre, de esclavo, habría pasado a ser libre, con la libertad que sólo puede dar el Amor, o sea esa libertad que nos hace exclamar: "¡Soy feliz!"...

—¡No siga! —exclamó ella—. Me doy por vencida. Ganó usted; y le agradezco el que me haya corregido la miopía. Así pude ver, siquiera por un instante, la triste verdad de que nuestra vida actual se gesta como decir en un pantano. Es hasta que se ha respirado el aire puro y bebido el agua ligera del cielo, que no se da cuenta que aquello que antes bebía y respiraba y llamaba riquezas y por las cuales disputaba a brazo partido, no era sino barro, lodo, y a veces algo peor. Ahora sí no me importa que venga esa guerra atómica, para que empecemos a vivir esa vida mejor, pues, como dijo usted, necesario será esperar la nueva lección y pasar por esa nueva experiencia. Mientras, seguiré haciendo como usted y como todos, y sobre todo como hacen nuestros buenos predicadores, que dicen a su grey: "Haced lo que yo os digo, mas no lo que yo hago"...

Y con una franca carcajada cerramos tan amena charla.

Año 2000

AÑO 2000

Enero 1
Domingo
Hora: 07.35

Y, como tenía que suceder, amaneció al fin el primer día del nuevo siglo, el que ha empezado en domingo por primera vez desde que el hombre usa calendario, como para significar que en adelante todo será nuevo, todo, salvo mis pies, que van envejeciendo a la carrera y que ya apenas pueden sostenerme sin dolor. No obstante, y pese además al desvelo de anoche, estoy levantado ya. ¡Terrible cosa es ser huésped de honor!... Fué que la señora, que goza de excelente memoria, no se olvidó de ir a ver el bendito arco. Yo hice lo que pude: en mi afán de disuadirla la invité a un torneo de ajedrez; pero así que jugamos la primera partida me dijo consultando su reloj:

—Mire que ya son las 21. Si le parece nos vamos ya a fin de que podamos volver temprano, pues mañana debo ir a misa.

—Muy bien, señora —y me levanté en el acto, un poco animado por esa esperanza de volver pronto a hacer descansar mis pies. Luego de ponernos nuestros abrigos, eclipsando bajo el suyo su traje de tafetán de copiosas rayas de colores chocolate, jade limón y blanco que le quedaba muy bien, se acordó y fué a sacar una botella de vino que dejó sobre la mesa, diciéndome:

—A la vuelta brindaremos por el Año Nuevo. Quizá, después de todo, nos traiga mejor suerte...

En seguida cerró ella misma la puerta y echamos a caminar.

En las calles de nuevo trajinaba la gente, es decir, los indios —pues otra clase de gente no vimos por ningún lado—, casi congestionándola; pero ello no nos inquietó en lo mínimo por ser natural en una noche como ésta, máxime que por los andenes podíamos andar sin dificultad porque ellos prefieren caminar por el centro de la calle. Y en grupos pasaban en todas direcciones con la imprescindible botella en la mano y hablando a voz en cuello en todos los dialectos concebibles. En una que otra esquina fuimos encontrando algunas marimbas, listas a empezar pero todavía calladas, como si estuviesen acopiando fuerzas para emplearlas en el resto de la noche. Y observé que la señora no reparaba en éstas ni en aquéllos, a los que miraba como a ratas salidas de sus agujeros. De haber podido se habría traído un palo para irlas apartando de su camino; aunque esto poca falta hacía, sí, precisamente para cortar eso, ellos suelen tirarse a un lado cuando ven que uno se aproxima, siempre desde luego que tengan lugar donde tirarse, y que estén sobrios. De aquí su inveterada costumbre de preferir la calle a los andenes, y también la razón porque es que entre ellos es donde se cuenta el mayor número de accidentados.

Al salir a la sexta avenida (sexta avenida norte) vimos a lo lejos la plaza de la Primera República como en llamas: tal era el aspecto que le daban las miriadas de bujías eléctricas con que la habían adornado. Pero su luminosidad se veía interrumpida por una sombra larga que la cruzaba horizontalmente siguiendo el curso del sol, de este a poniente, y que el interminente resplandor de los cohetes y artificios de fuego nos mostraba que ese era el arco tras el cual íbamos. Nuestra avenida debía pasar debajo de él, pero nos preguntábamos si nosotros pasaríamos también, pues a medida que nos acercábamos a la plaza la muchedumbre iba haciéndose más densa, y ya teníamos que ir con los ojos bajos y en fila uno tras otro para poder avanzar.

Al cabo de 20 minutos o cosa así, mis pies empezaron a flaquear y, por ende, yo también, dada la estrecha relación entre ellos y yo, cuando la oí que me decía volviéndose hacia mí, que iba detrás:

—Apresurémonos, para regresar antes que esto aprieta más.

¡Oh inocencia de señora, que ignoraba mi aguda pena! Y aún con ellos sanos, ¿cómo satisfacer, sin alas, tal deseo? Porque la multitud apretaba cada vez más, así como crecía, con el número, el ruido de las bombas voladoras y no voladoras, de los cohetes y canchinflines, y por último, pero no menos que aquéllos, el de las marimbas que iban entrando en calor, en entusiasmo rudo, apasionado y temible. A otra que no fuera doña María la habría hecho retroceder; pero ésta seguía adelante, y yo no podía hacer menos que seguirla. ¡Terrible cosa es pasear con una muchacha guía, a Girl Scouts! De repente se volvía a mirar si yo continuaba tras ella, o para pedirme el imposible de apresurarme. Sin embargo, y aunque lentamente, nos íbamos acercando a la meta: el arco dichoso que parecía que nunca lo alcanzaríamos y que nos atraía como el faro a los navegantes, aunque nuestro faro estuviese apagado o no brillase del todo. Poco a poco fuimos entrando en el área luminosa de la plaza, hasta vernos al fin en su claridad meridiana; y pensé que allí nos quedaríamos. Otro error, porque la señora decidió que era mejor ver la cosa desde el centro, es decir, desde el parque Central; y aunque la distancia a recorrer era normalmente de 50 varas, dentro de aquella multitud equivalía a 50 cuadras, y por el estado de mis pies, a 50 leguas. Pero sin decir nada la seguí a distancia de una cola, como se dice, cruzando la calle debajo del arco mismo hasta detenernos —¡por fin!— a la orilla de la fuente de dicho parque y al lado de una india que, sentada a su clásica manera: sobre sus tobillos, se dedicaba a vender los tamales que le quedaban. Y desde allí miramos hacia arriba.

En verdad que se trataba de un arco gigantesco por el cual valia la pena el sacrificio que habíamos hecho. Un pie asentaba en la esquina de la sexta calle y sexta avenida, y el otro en la avenida séptima, con un espesor de no menos de diez metros y cruzando sobre la plaza a más de cien piés de altura. Para haber sido construido en tan pocos días debieron haber empleado a varios millares de obreros.

—¡Qué grande es! —exclamó ella mirándolo de extremo con sus ojos bien abiertos, pero agregando en seguida: —Tanto esfuerzo lo hubieran empleado mejor en algo más útil; por ejemplo, en no ser tan malos...

Las paredes del Palacio Nacional, desde la cima hasta sus cimientos, estaba tachonado de bujías irisadas tan juntas unas a otras que formaban como un solo murallón de brillantes colores, realmente fantástico. Asimismo estaban todos los demás edificios que circundan la plaza, incluso la vieja catedral que yacía ahora al pie del arco, la esfera de cuyo reloj se destacaba con luminosidad opalescente. Y sus agujas marcaban, cuando llegamos, las 22.15. ¡Habíamos consumido más de una hora en hacer las 12 cuadras desde nuestro punto de partida! Y menos mal que ya habíamos llegado.

Juntamente nos dimos cuenta que ahora ocupábamos el centro de una masa ya compacta de gente que rugía como mar en ignición, en gran despliegue de colorido, y que por nuestra mayor estatura podíamos apreciar bien, hasta mirar que en su afán de bailar al son de cientos de marimbas que bajo la presión de ellos mismos parecía que iban a saltar en astillas, apenas si lograban mover unas pocas pulgadas sus cabezas, con la excepción de unos cuantos enmascarados de a caballo que saltaban en sus sillas al compás de los ruidos, y cuya presencia (la de los animales) en tal lugar era cosa que me costaba creer. Y pensé que si todos llevaran caparazones al modo de las tortugas, hubiera bastado el crujido de sus roces para habernos ensordecido; porque ya no había espacio entre ellos más que para el aire y los ruidos. Hasta me pareció que, a vista de pájaro, cualquiera habría creído que las calles estaban cubiertas de confetti. Y pese a tanta aglomeración, no sin horror miraba cómo toda esa masa continuamente seguía compactándose desde la periferia al centro, conforme afluía más gente. ¿Cómo y cuándo podríamos salir de aquí? ¿Ya se habría enterado la señora? Me volví a ella, y a abrir iba la boca para comunicarle mis temores cuando ella me lo impidió adelantándoseme:

—Mire ¡qué horror! ¡Estamos cercados!... Pero más vale quedarnos donde estamos, porque al menos aquí po-

demos pensar en salir; ya caminando veríamos que ni esto es posible.

Yo agaché la cabeza; ya nada tenía qué decir. Su filosofía era rotunda, aunque poco consoladora: de allí no saldríamos ni con palos. Siquiera pudiera sentarme como esa indita... Pero ella trató de sacar ventaja de nuestra penosa situación, compensando ésta con el placer que le proporcianaba el hacer siempre a los indios blanco de su despreciativa crítica. Y así empezó a mostrarme a los más vecinos de aquéllos, como el que muestra ganado aun supuesto comprador, y a explicarme:

—Mire ¡cómo ríen ahora! Antes hasta al bailar eran serios y graves, como he oído decir que son los Tacanas de la América del Sur, sin dar señales de divertirse. Pero ahora... Y mire ¡cuánta policromía, sin hablar de aquellos grupos artificiales, como esos jinetes que representan la caballería de los conquistadores a cuya vista hacía irse de espalda a los indios en el primer encuentro, igual que a los romanos los elefantes de Pirro, y los que con espejos y adornos de papel dorado y plateado intentaban sustituir el oro y la plata y las piedras preciosas con las que se ornaban cuando eran libres. Tal policromía es, como le decía, lo que tanto halaga ver a los turistas, los que ni siquiera reparan en el significado de esos colores que, entre paréntesis, van siendo cada vez más adulterados como todo lo suyo. Porque, originalmente, cada color de esos tenía su propio lenguaje, a menos entre los chichicatescos, en los que el blanco significaba el norte, el amarillo el sur, el negro el poniente y el rojo el oriente, y que son los colores del maíz. Del mismo modo, el blanco significaba pureza; el rojo, ardor de vivir; el amarillo, pesar; el azul, nobleza, y el verde vida eterna. (Fuente: The four keys to Guatemala). Pero actualmente han hecho una confusión de todos, así como es ya confuso su maíz, y ya no significan nada, como que el mismo traje típico están abandonando cada vez más y sustituyéndolo por la corriente indumentaria del ladino. Y por eso ya no significan nada los bordados antes simbólicos de sus trajes, como en estas maxeñas o chichicastecas que están allí de vestido corto y güipil bordado en forma de cruz

y con las figuras de la luna, que es entre ellas el símbolo de la mujer. En el principio, ese güipil era blanco y sin bordados en las estériles, pero hoy ninguna deja de ponérselos bordados, aunque esto no se pueda apreciar ahora por tener todas cubierto el pecho y los hombros con ese manto de algodón bordado en fondo rojo que les llega hasta la rodilla y que llaman "kaparraj". Igual ocurre con el largo del corte en el cual se envuelven y que les sirve de falda —porque sólo las de Cobán, Mixco y Quezaltenango usan faldas cosidas—, que en las doncellas quedaba arriba de la rodilla, a la rodilla si era casada, y más abajo aún si era casada y vieja, pues que ahora lo usan como les da la gana, como usted puede verlo. También puede ver que uno de los extremos de sus rojos fajones que ellas llaman "paz", es bordado en seda de varios colores estilizando flores que simbolizan la fecundidad; pero aquí pasa lo mismo que con el güipil blanco, que ninguna deja de tener flores bordadas en su fajón. Asimismo, al oír misa, tenían la costumbre las doncellas de llevar la cabeza descubierta y el cabello suelto con listones y zarcillos, y las casadas con velo de encaje y el cabello envuelto en torno a la cabeza. Pero todo eso ya pasó, no sé si para mal o para bien.

"Entre los hombres de esa zona, que es la quiché, sucede lo mismo. En esas aletas negras que presentan sus calzones bordan en seda de colores uno o dos soles radiantes, más radiantes que los de la chaqueta, al que llaman Ra, el cual es el símbolo del hombre, no pudiendo ser llevado por el que sea estéril. Sin embargo, y aunque subsisten tales estériles, ya no se encuentran aletas sin esos dibujos radiantes. Además, cuando el centro de estos soles lo bordaban en dorado, tal traje correspondía a los astrólogos y maestros de ceremonias religiosas; y si era plateado correspondía a los oradores parlamentarios, distinciones éstas que ya tampoco las toman en cuenta, quizá porque no saben qué cosa es parlamento; lo mismo decimos de esas telas con que se envuelven la cabeza y que llaman zut o zute, cuyo color y dibujos varían según sus dignidades, así: era blanco con dibujos de águilas en los oradores y astrólogos, o sea en los ilustres, y rojo

en los legos. Y aunque actualmente todos son de estos últimos, no por eso dejan de ponerse el zute blanco con águilas bordadas. Y conste que éstos son de los pocos indios que aún conservan la original costumbre de tejer ellos mismos las telas de sus ropas, lo cual hacen las mujeres colocando dos palos horizontalmente y tejiendo la trama entre ambos, siendo los hombres al final los encargados de bordarlas.

"Semejantes en el vestir a estas maxeñas de que le he hablado son esas otras que ve allí de corte azul con rayas blancas y corto hasta la rodilla, nativas de Zunil o de la Concepción, pueblos del departamente de Quezaltenango. Las de Zunil tienen, además, la costumbre de despojarse por completo de su güipil cuando se les muere un deudo, y así salen en procesión a enterrarlo, haciéndolo de paso visitar por última vez las casas de sus antiguas amistades, entre marimbas y aguardientes. Y tome en cuenta que Zunil es un pueblo muy frío, casi 6000 piés de altura. Y si esto hacen aquí, ¿qué no harán las de la zona cálida (600 piés) de Suchitepequez? En efecto allí suelen ir siempre sin el güipil... Y ¡mire esos de ese grupo! Son los menos feos entre ellos y se llaman lacandones, de los pocos sobrevivientes de la raza Maya. Siempre han sido huraños y huidores de la gente; pero ahora han salido de su aislamiento y aquí los tiene, y, ¡claro!, como ya el gobierno es de los indios... Y ¿ese? —me señaló sorprendida a otro indio que usaba sobre su camisa y pantalones blancos, respectivamente, una chaqueta de lana rayada en negro y blanco y una como falda negra también de lana partida atrás y adelante, y recogida ambas mitades por su fajón. Recordé que ya había visto antes a uno de éstos, pero sin poder indentificar el lugar. Ella misma siguió explicándome: —Ese es el traje de los momostecos, pero ya hacía casi un siglo que lo habían abandonado. Y, mire usted, ahora lo han resucitado, ¡Qué raro!...

Dije que a nuestro lado había una vendedora de tamales cuya canasta había puesto en el suelo, al par que se había extraído el pecho —un pecho flácido y mustio con todo y ser ella tan joven— a través de la ancha man-

ga y, previo un masaje, lo había dejado en la boca del niño el cual, a juzgar por el largo tiempo que se llevó succionando, debía ser gota a gota lo que extraía, si no eran sólo burbujas de aire... Y fué el caso que en aquel momento cayó de bruces dentro de esa canasta un patojo sin duda empujado por la masa del populacho; y la vendedora le dijo a manera de regaño:

—No andés jugando, m'hijo. —Y luego se dirigió al que quiso oírla, diciendo: —¡Afigúrese! No ve lo que hace, pues, no ve lo que hace...

Y se puso a recoger los tamales que habían rodado por el suelo, aparentemente más enojada por el susto que había llevado que por el vuelco de la canasta, ya que su artículo, dada la calidad de su clientela, se vendería siempre, revolcados o no.

Pero a mí me llamó la atención la forma suave con que había regañado al muchacho, el que era un desconocido para ella; y como también la señora Rubio se había quedado mirando la pepena de los tamales, vine a preguntarle, señalándole a aquélla con el dedo:

—¿De qué tribu será esa india?

Mas, debido a la presión de los ruidos, la aludida pudo oír mis palabras, y, mirándome con aire de dama ofendida, le habló en dialecto a su vecino que debía ser su marido, el cual le contestó como para que yo oyese:

—Más mejor si endiuna vez se lo decís.

La señora, que había entendido el dialecto de la otra, me dijo:

—¡Cállese!, que ella le oyó y ha protestado porque le dijo india. —Y agregó en voz baja—: ¡Si querrán ahora ser llamadas señoras!...

Yo volví al cara a otra parte, esperando lo que "endiuna vez" debía decirme aquella mujer, que nada agradable me lo suponía. Pero ella, al fin, se negó a abrir la boca.

Por otra parte, y no obstante la tremenda incomodidad de mis zapatos, no dejaba de admirar la profunda credulidad de este pueblo aglomerado aquí sólo para recibir las bendiciones que le habían prometido, sin importarles ni

el sudor que derramaba a cantaradas y que de no ser por tan abundante quemazón de pólvora esta plaza tendría ahora más que tufillo de chivos. Y recordé que apenas dos noches antes no me habría quedado tan indiferente contemplando como lo hacía ahora, a esta masa que entonces execraba. Sin embargo, ellos seguían siendo los mismos; no habría duda que el que había cambiado era yo. No mucho, pero cambiado al fin. Y todo, porque había encontrado una buena posada. ¡Lo que pueden las circunstancias!... ¿Cuándo podremos colocarnos encima de ellas?

De pronto se alzó un recio coro de clarines llamando a atención; y siguió un profundo silencio, quedándonos todos en suspenso. Parecía mentira que tan grande muchedumbre pudiera enmudecer alguna vez; pero, además, de silenciosos, también se habían quedado inmóviles, como clavados en el suelo y tan unidas sus cabezas que ahora parecían formar el piso de una vasta terraza. En el reloj faltaban 10 minutos para la media noche. ¿Qué irá a pasar? Ella musitó en mi oído:

—La bendición.

—¡Ah!, sí, lo había olvidado. Y por eso hacían tan hondo silencio, que hasta el cielo había vuelto a ser azul. Sólo quedó el débil lloriqueo de unos recién nacidos cuyas madres hicieron callar en seguida poniéndoles a mamar. Y ví que nada puede compararse, por su imponencia, al silencio de una multitud. Ni siquiera el vacío o la ausencia de todos.

Y por los amplificadores estratégicamente colocados se escuchó una voz suave y llena de bondad cuyas palabras decían:

"Nos Arzobispo de Guatemala por la gracia de Dios, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo os bendigo, amados feligreses, y os deseo para cada día del Año Santo que pronto va a empezar, la Paz del trabajo y la Santidad de la oración, que es lo que hace una patria feliz. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, Amén".

Apenas empezó, el pueblo cayó de rodillas, descubierta la cabeza y bajos los ojos, con el respeto y devoción que sólo en ellos he visto y lo cual no ha servido

sino para aumentar mi confusión de ver tan buenos creyentes en tal malos hacedores. Y así permanecieron mientras aquellas palabras eran repetidas en diferentes dialectos. Luego hablaran los jefes de las principales iglesias protestantes, quienes más o menos dijeron:

"En el nombre de Jesús, Nuestro Señor, los bendigo, hermanos en el Evangelio, y a todos los aquí congregados, y les deseo pan, trabajo y amor, salud, prosperidad y paz en el Siglo XX. Así sea".

Palabras éstas que también fueron traducidas a otras lenguas. Y, segundos después, el reloj de catedral empezó a dar 12 campanadas. El arco estalló con fulgor de sol, los cañones dispararon una salva, trepidaron las bombas, las campanas se echaron al vuelo, y todo fué locura espantosa. El pueblo entero se levantó como un solo hombre, y, lanzando sus sombreros y gritos al aire, gritos que querían decir: "¡Feliz Año Nuevo!" en todos sus dialectos, se dieron a abrazarse unos a otros con ánimo sólo digno de una causa como ésta, y en tan grande confusión que daba horror. El arco, ¡ah qué arco!, era todo formado con lámparas de neón que hacían de él como un solo arco voltaico suspendido en el cielo, y al cual el humo de los fuegos pirotécnicos le formaban encima como un casquete rojizo que cambiaba de formas para simular ya una corona, ya un manto de púrpura, o bien lenguas de fuego que lamían el cielo. Y en su centro, en letras rojas, tenía realzadas estas palabras en quiché:

¡Kat in chapéx pa kak xunáp!

que ella me tradujo al español: ¡Feliz Año Nuevo!, Happy New Century!...

Y nadie se cansaba de gritar y de abrazar en loco frenesí, revolviéndose como un mar borrascoso, y agitándonos y sacudiéndonos y haciéndonos vertiginosamente girar con ellos, como si todos tuviesen el solo propósito de separarnos, de aislarnos, de alejarnos el uno del otro y quebrarnos al fin como se quiebra una nuez. Todos luchachaban, todos disputaban por abrazarse, por saludarse y hacerse oír de los demás en turbonadas y remolinos in-

descriptibles, en tanto las madres forcejeaban desesperadas porque no les asfixiasen a sus pequeños cuyos gritos sólo se podían adivinar en aquel colosal estrépito. Y, en el fondo, un concierto de marimbas, miles de marimbas compitiendo con el fragor de cielo y tierra.

Asidos férreamente de la mano, nos defendíamos como mejor podíamos rechazando a codazos a los más próximos, que arremetían como demonios. Ella, como pudo, acercó su boca a mi oído y gritó cuanto pudo: "¡A casa!" Eso era lo que yo trataba de hacer hacía rato, no consiguiendo más que irritar mis pies. Pero al fin, pasito a paso, como verdaderos titanes, con desconcertante lentitud y aguantando abrazos, machucones y empujones todos gratuitos, fuimos abriéndonos camino a través de cercos imposibles, viniendo ella ahora tras de mí, y viéndonos con frecuencia arrastrados ya para un lado, ya para otro, o ya girando como títeres sin despegar los pies del suelo, en asombroso remolino, teniendo que apelar a toda nuestra reserva de equilibristas para no caer, lo que hubiera significado un descalabro. Ya no era tanto nuestra lucha por escapar de aquella tromba, cuanto por conservar la vida, pues nuestra conducta pasiva nos situaba en desventaja. No obstante, avanzábamos, y en la dirección deseada, aunque de ello poca cuenta nos diéramos, porque adonde quiera que íbamos nos veíamos siempre en su terrible vórtice. Mis ojos jamás habían visto tal desbordamiento de alegría. Era salvaje, violento, arrollador, furioso. Forcejeábamos, empujábamos y sudábamos, porque allí no había otro modo de maniobrar, y quedábamos siempre en el mismo sitio. Una hora, que más pareció un siglo, tardamos en volver a cruzar la calle bajo el arco y ganar la esquina. De seguir esto así, y no había razón para creer lo contrario, no llegaríamos a casa antes de 24 horas.

Pero quizá por las múltiples bendiciones, de las que alguna nos habría alcanzado, de pronto y milagrosamente cedió toda resistencia ante nosotros, y nos vimos como se habría visto Josué ante la ciudad de Jericó ya sin las murallas, a tiempo que, aumentando si es posible los gritos, nos sentimos empujados hacia adelante y hasta levantados en vilo, como si el agua de la presa hubiese roto sus

diques y se derramase por los cuatro costados.. Y eso fué lo que ocurrió, La millonada de indios, ahitos al fin de abrazar y ser abrazados, buscaron salida para dedicarse con más holgura al baile; y con gran estrépito salieron desbocados, como lava de volcán, arrastrando hasta el polvo de la calle. Y nosotros también corrimos y quizás más que ellos, llegando en pocos minutos a casa bien estropeados, jadeantes, agotados y exhaustos, echando los bofes y más muertos que vivos. Y suerte tuvimos al haber alcanzado con tan buena oportunidad la esquina de la sexa avenida, que si el desborde se ha anticipado nos hubieran hecho correr sabe Dios en qué dirección.

Abrimos y entramos.

Ella dió dos pasos y cayó rendida en un sofá. Cerró los ojos, sonrió débilmente y me dijo:

—Buenas noches, señor Johnson.

Yo torné a cerrar la puerta de la calle, apagué algunas luces, y, mirando de refilón la botella de vino que se quedó en la mesa, alcancé mi cuarto y casi a gatas llegué hasta mi cama. Apenas pude descalzarme. ¡Ay!, mis pies echaban chispas como cien mil arcos voltaicos... Y me quedé profundamente dormido.

Y, con todo, hoy me he levantado tan temprano. Es evidente que soy un héroe. Preciso será reconocerlo. Y en la casa impera un total silencio, incluso del radio mismo, abstracción hecha del estrépito de la calle que, a lo que parece, continúa como anoche. Del silencio del radio infiero que la señora aún no se ha levantado. Pues le habré ganado.

Hora: 12.10.

Estaba equivocado al creer esta mañana que el silencio de la casa obedecía a que ella dormía aún, si la verdad fué que había salido y no volvió hasta las nueve. Cuando oí sus pasos me calcé los pies —pues hasta entonces había permanecido en calcetines, prolongando el descanso de aquéllos—, y salí a su encuentro.

Venía vestida de blanco, de anchos vuelos la falda y el cuello ajustado con un broche de oro. En sus manos enguantadas traía un estuche de raso, y en su interior el misal: venía de misa.

—Se sorprende, ¿verdad? —me dijo después de los saludos y mirándome a través del velillo que caía ante sus ojos—. Pero no podía dejar de ir porque se trataba de una misa especial: la del jubileo del Año Santo. La iglesia estaba llena. Resultó pequeña para tanta gente. Muchas damas ladinas se quedaron de pie. Yo como llegué a las 7, puede hallar donde sentarme. Y fué a encender el radio, y a quitarse el sombrero, el abrigo y los guantes—. Y la sorpresa que me ha dado usted, que lo creía durmiendo todavía. No esperaba verlo hasta muy tarde.

—Eso mismo creí yo de usted. Pero bien —agregué chanceándome—, si yo estorbo aquí me volveré a la cama.

Ella se rió.

—Pero antes debo darle su desayuno —dijo, y se encaminó a la cocina con paso ágil.

—Yo me quedé admirándola. "He aquí —me dije— una mujer penetrada del sentimiento del deber, más que de otra cosa, como las mujeres de la Biblia". Y aspiré complacido el perfume que sutilmente dejó en el aire al salir.

Pronto volvió con el pan y el tocino, y dos cafeteras humeantes que dejó en la mesa, e invitándome, me dijo sonriendo:

—Se agotó ya mi provisión de crema y huevos. Pero aquí —me señaló una de aquéllas— hay café, y aquí —me señaló la otra—, chocolate. Usted escoja.

Yo escogí el último, que fué uno espumoso y bien aromado. Ella se quedó con el café, diciéndome entre sorbo y sorbo:

—Pensé que no encontraría ahora a tantos indios en la iglesia, por el hecho de que siguen bailando con tan desmedido entusiasmo; pero me equivoqué. Sólo ellos llenaban todo el templo, que para todo tienen tiempo: para bailar, para asolar y oír misa. Y la salida me costó un mundo. Yo quise esperar a que salieran todos, pero nadie salía, o, mejor dicho, si salían unos entraban otros, que así acostumbran los indios en las iglesias, de manera

que siempre quedaba llena. Cansada de esperar y de sudar con el calor de tantas candelas, tuve al fin que hacer como hicimos anoche. ¡Qué indios, Dios mío! No quisiera ni acordarme. ¿Vió usted cómo nos querían abrazar? ¡Qué audaces! ¡Cómo me he arrepentido de haber ido!

—Es por eso que no me imaginaba que usted ahora anduviera fuera de casa —le dije.

—Hoy era distinto. Se trataba de la celebración del septuagésimoquinto Año Santo de la iglesia, y soy católica, como usted sabe. Sólo que no esperaba verme otra vez en otra tremolina. Y fíjese que vi de paso a mi última sirvienta, la india aquella que le conté que se fué sin pedirme ni su sueldo. Pero hoy venía bien peripuesta, y apenas me dijo: "Adiós, niña María", y siguió con tal presunción que parecía que desde hacía tiempo había salido del cascarón, y hasta pena me dió decirle que pasara a recoger su sueldo. Podía haberme dicho: "¿Qué sueldo? Pues ahí déselo a los pobres". ¡Dios mío, en qué mundo estamos!...

—¿Y no teme que, por andar sola, algún indio entre tantos se atreviese a hacerle algo? —le pregunté.

Se sonrió al contestar:

—¿A mí? Y ¿con quién quería que fuera? De haberlo esperado a usted me habría quedado sin misa. —Y en serio añadió—: Por los indios no hay pena, que ésta ha sido su única virtud: respetar a las damas, aunque no por educación, sino porque entre ellos se conquistan muy fácilmente a sus mujeres; y siendo para ellos todas iguales, pues prefieren las que les ofrecen menos resistencia, dada su proverbial haraganería.

—¿Debo entender que una vez que ellos han conseguido el amor de una mujer, se quedan fielmente con ella?

—Pues más o menos. Como le digo, a ellos no les interesa la persona, sino la mujer. En teniendo una, están contentos.

—¿Quiere decir que entre ellos no hay tenorios?

—Muy raro, a la inversa de lo que pasa entre los civilizados de ahora, que en su degradación debieron olvidar hasta el respeto a la mujer, vulgarizando lo que por

ser raro entre los antiguos se tenía por célebre, en los tiempos en que todo el mundo respetaba.

La discusión, que con ella siempre resulta tan amena, estaba iniciada. Yo pregunté:

—Y ¿no cree usted posible que ahora estos indios, envalentonados por la posición que ocupan, se decidan a enamorar a alguna ladina de verdad, y ésta llegue hasta aceptarlos?

—Imposible no es —contestó—, pero las ladinas bien saben que ellos, por su primitivez, tratan a sus mujeres como esclavas, llegando algunos hasta morderlas en la mejilla para que sepan los demás que ella tiene marido.

Pensando en aquella india bonita que bailaba con tanta gracia, comenté:

—Y lo feas que han de verse con una marca semejante.

—Ellos no reparan en eso —repuso—. Sólo ven que es una marca que debe inspirar respeto en los demás hombres, nada más. Y tal vez hasta les parezca más hermosa con tal cicatriz, al modo que antes usaban anillos en la nariz para embellecerse.

—Tendremos, pues, completa razón al decir que poco han evolucionado.

—Razón de sobra. Sin embargo, usted puede encontrar entre ellos a algunos que, por un estudio laborioso y esforzado, lograron aprender cierto don de gente, hasta pasar por cultos. (Yo entendí que se quería referir a los del gobierno actual). Pero nunca podrá ser esta cultura la verdadera por su carencia de espirtualidad, dado que ésta no se adquiere en los libros.

—Usted opina que una persona es culta de verdad —dije, recordando en parte la plática con el presidente— sólo en el caso de ser ella también espiritual, ¿eh?

—Seguramente. Pues tengo para mí que cultura, que es como llamamos a la forma más elevada de sociedad, es la manifestación intelectual y artística de una persona espiritual. En otras palabras, es la expresión pura de esta espiritualidad, para lo cual es necesario poseerse una sólida base de religión y filosofía, ética, ciencia y arte. De otro modo, y es lo que ocurre por lo general en nuestros

contemporáneos, sólo quedan los modales, la apariencia o la máscara de aquélla, como decir el hábito sin el monje, a los cuales llamamos civilizados. En el interior de estas personas no se encuentra casi ninguno de los nobles sentimentos que caracterizan la espiritualidad. Una persona puede escribir buenos versos y ser cortés con los demás, y hasta quedarse arrobado al escuchar una buena música o al contemplar una puesta de sol. Y ¿diremos por eso que esa es una persona culta? La verdadera cultura exige un poco más. Y aunque nos diese en prosa una conferencia científica y clamar en inspirados versos por la fraternidad universal, no será culto si no es el primero en sentirse hermano de todos.

—Entonces culto es el que obra como piensa, y que piensa bien.

—Eso es lo que quería decir.

—Y de eso que corrientemente llamamos cultura diremos que no es más que expresión cerebral o del intelecto, ¿no?

....

—Eso es: de un cerebro disciplinado e intelectualmente desarrollado, en muchos casos incapaz de usar el puñal para dirimir rencillas, pero sin haber renunciado nunca a la venganza. —Después de una ligera pausa, agregó—: Y observe que algunas de las ideas que he dicho fué usted mismo quien me las sugirió en la discusión de ayer.

Lo que veía era que en aquel momento podía poner fin a tan agradable charla, lo que del todo no deseaba, máxime cuando el sesgo que había tomado el asunto me hacía volver a pensar en el jefe indio. Vi que ahora era por su boca de ella que hablaba el otro. ¿Cómo era posible que aquél, habiendo dicho cosas parecidas, podía al mismo tiempo obrar de modo opuesto? ¿Por qué debía ser la suya una vulgar piel de oveja, si siempre fué más fácil ser sincero? ¿Cuándo podré penetrar en tan terrible enigma? Pero nuevamente me reservé tales interrogaciones, para decir, con ánimo de chancearme:

—Pues ya podremos parangonar cultura con santidad.

—Nada de eso, amigo mío —contestó—; porque un hombre puede ser todo lo bueno que usted quiera, y lle-